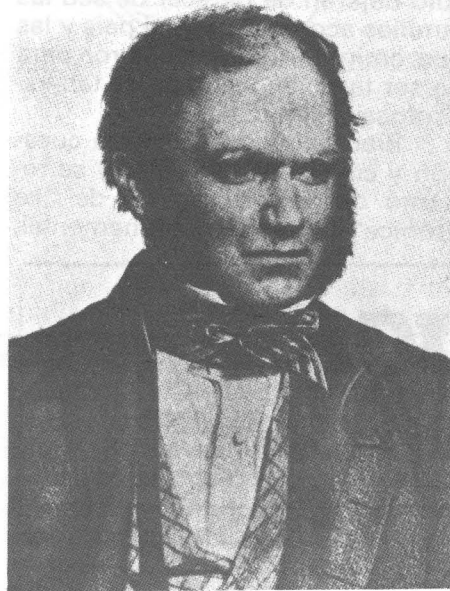


DARWIN y el viaje del "BEAGLE"

Después de haber tenido que retroceder dos veces, a causa de fuertes temporales del Suroeste, el **Beagle**, bergantín de diez cañones, al mando del capitán Fitz Roy, de la Marina Real inglesa, zarpó de Devonport el 27 de diciembre de 1831. El objeto de la expedición era completar los trabajos de hidrografía de Patagonia y Tierra del Fuego, comenzados bajo la dirección del capitán King, de 1826 a 1830 —la hidrografía de las costas de Chile, del Perú y de algunas islas del Pacífico—, y efectuar una serie de medidas cronométricas alrededor del mundo". Así comenzaba Charles Darwin su **Diario** del viaje alrededor del mundo realizado a bordo del **Beagle** entre los finales de 1831 y el otoño de 1836, una expedición que sería trascendental para el conocimiento de la historia natural del planeta y para la formulación de una teoría biológica coherente con aquélla: el evolucionismo.

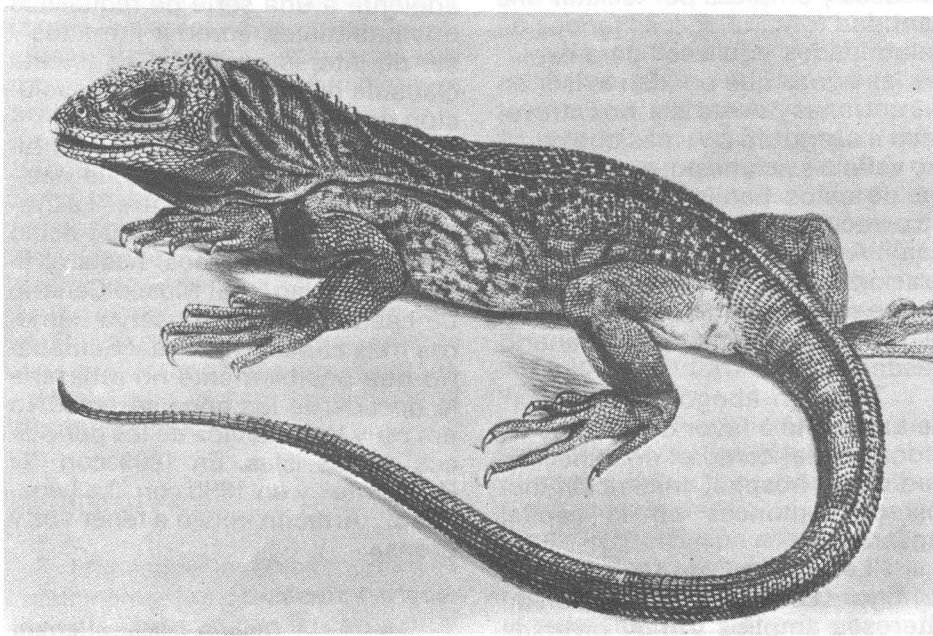
Darwin había embarcado en el **Beagle** de una forma casual, en calidad de naturalista. Tenía entonces 21 años y el destino le proporcionaba una oportunidad única que su inteligencia y sus dotes de observación sabrían aprovechar hasta las

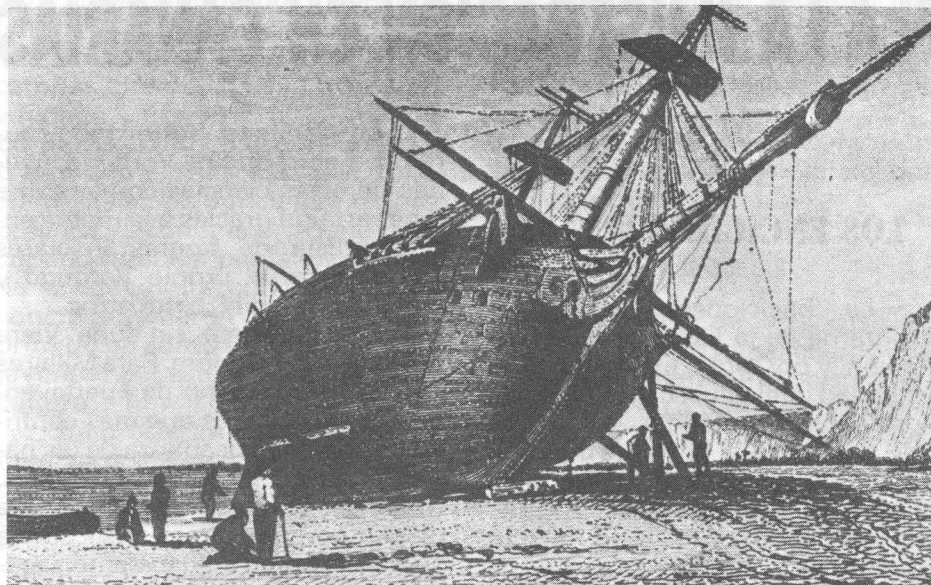


últimas consecuencias. Se cumple a finales de este año el ciento cincuenta aniversario del comienzo de la expedición y oportunamente se ha publicado la edición castellana del libro de Alan Moorehead —especialista en literatura de viajes— titulado **Darwin, la expedición del Beagle (1831-1836)** *. Este libro ofrece una completa descripción de las experiencias vividas por Darwin a lo largo de este periplo que generarían los pilares básicos de la teoría evolucionista.

Una de las primeras grandes impresiones que recibió Darwin en el viaje fue la que le produjo el contacto con el bosque tropical. El 3 de abril de 1832 habían desembarcado en Río de Janeiro. Como en todos los lugares visitados, Darwin se adentró en el interior y se sintió intensamente sorprendido por la exuberancia de la vegetación tropical y, también, por la terrible lucha por la existencia que se desarrollaba en el bosque: depredar y ser depredado, esta era la ley de la existencia, y el débil para sobrevivir tenía que camuflarse. Un día descendió de su caballo para observar una lucha a muerte entre una avispa y una enorme araña. La avispa se lanzó súbitamente desde el aire, pero la araña pudo arrastrarse a tiempo hasta un manojito de hierba y ocultarse; durante un rato la avispa voló de un lado a otro sin encontrarla. Cuando, al fin, por un movimiento involuntario, la araña se descubrió, la avispa se precipitó sobre ella matándola con una precisión extraordinaria: dos rápidos aguijonazos en la cara inferior del tórax. Este episodio era una pequeña muestra de la lucha por la vida en el trópico. Pero todavía Darwin tuvo un motivo mayor para el asombro cuando pudo ser testigo del trato implacable que se daba a los esclavos en el Brasil.

Más tarde, en Punta Alta, en la costa argentina de Bahía Blanca, Darwin tuvo ocasión de realizar uno de sus más grandes descubrimientos: el hallazgo de animales antediluvianos como el **Toxodon** —semejante al hipopótamo y uno de los mayores animales jamás descubiertos—, el **Megalonyx** y el **Scelidotherium**, así como el colmillo de un **Mylodon** y los restos de una antigua especie de caballo. ¿Significaba esto que las distintas especies estaban cambiando y desarrollándose constantemente? A lo largo del viaje Darwin pudo contemplar los más variados escenarios naturales y observar las muestras más curiosas y variadas de la historia natural del planeta y de las especies vivas. En los Andes encontró un lecho de conchas fósiles a 3.650 metros de altura y a una altura algo inferior un lecho petrificado de pinos. Fue entonces cuando enfermó gravemente, acaso como resultado de la

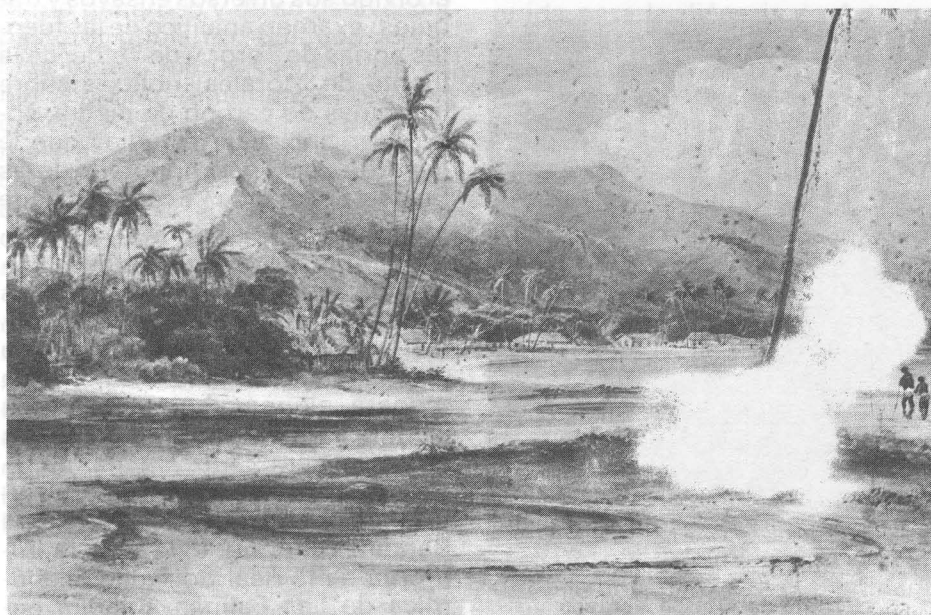




mordedura de un animal venenoso, y hubo de pasar un mes en el lecho. En Chile fue testigo de la erupción del volcán Osorno. Simultáneamente habían encontrado en actividad el Aconcagua y el Consequina, lo que preludiaba al intenso terremoto que asoló en febrero de 1835 la costa chilena cuando el **Beagle** estaba anclado frente a Valdivia, en el sur de la costa chilena. Darwin había desembarcado y vivió con gran impresión el terremoto y el maremoto que asolaron las ciudades y puertos de aquel litoral. Frente a acontecimientos y fenómenos naturales como éstos “¿qué valor tienen todas las ideas de imperio y de gloria?”, se preguntaba el naturalista.

Como es sabido, la visita a las Islas Galápagos le proporcionó el mejor laboratorio de historia natural que pudo encontrar en el transcurso de la expedición. De la forma más inesperada, allí fue donde Dar-

win comenzó a formarse una idea coherente de la evolución de la vida en el planeta. “Aquí —escribiría después—, tanto en el espacio como en el tiempo, tenemos la sensación de que estamos algo más cerca de ese gran acontecimiento que es la aparición de nuevos seres en la Tierra. Tortugas gigantes, iguanas marinas, focas, pingüinos y cormoranes habitaban aquellas inhóspitas islas. Y los pinzones, entre otras especies de aves terrestres. La mayoría de estas aves eran especies raras que sólo se encontraban en las Galápagos, lo que sucedía también tanto en lo que se refiere a las plantas como a los reptiles, los peces o los insectos. Las especies diferían de una isla a otra a pesar de que las distancias no eran a menudo muy superiores a los ochenta o cien kilómetros. En el caso concreto de los pinzones era cuantioso el número de especies y la variedad de sus picos. En una isla habían desarrollado picos gruesos



y fuertes para romper semillas y nueces, en otras los picos eran más pequeños para permitir la captura de insectos, mientras que en otras estaba adaptado para alimentarse de frutos y flores. Evidentemente, los pinzones habían encontrado diferentes alimentos aprovechables en las distintas islas y a lo largo de sucesivas generaciones se habían adaptado al medio. Aunque Darwin no captó inicialmente este gran principio esta observación sería más tarde uno de los grandes argumentos de su teoría de la selección natural.

Cuando el **Beagle** se puso a la vela desde las Galápagos iniciaba su itinerario de regreso. Darwin trabajaba entonces con intensidad en su camarote al que había convertido en un laboratorio en miniatura, prácticamente en un museo de historia natural. Tenía ahora 26 años. Visitaron Tahití, Nueva Zelanda, Australia, las islas de los Cocos — en donde concibió su teoría sobre las formaciones de las islas del coral—, isla Mauricio, Cabo de Buena Esperanza, Santa Elena y Ascensión. El **Beagle** hubo de pasar nuevamente a la costa sudamericana para completar el círculo de observaciones cronométricas. Al fin, el 2 de octubre de 1836 se hallaban ante las costas de Inglaterra y Darwin desembarcaba en Falmouth.

Para Darwin los años pasados a bordo del **Beagle** habían sido muy duros. Había sufrido terribles ataques de mareo y ya nunca más volvería a embarcar. Desde su regreso padeció una mala salud permanente, lo que se atribuyó a los efectos del continuo mareo sufrido durante el viaje y, también, a haber adquirido el mal de Chagas en Sudamérica. En esta lucha continua contra la mala salud Darwin fue un tenaz trabajador entregado a una labor que sería trascendental para la ciencia. Junto al **Diario** de la expedición y a otro libro muy importante para la historia natural: **La Zoología en el viaje del Beagle**, escribió dos obras fundamentales, **El origen de las especies** y **El origen del hombre**.

El libro de Moorehead es una completa, documentada y amena síntesis de las experiencias de Darwin en la expedición del **Beagle**, en el marco de una magnífica edición profusamente ilustrada con interesantes grabados recogidos de las más diversas fuentes.

A.H.P.

Editado en la colección **Libros del buen andar** de Ediciones del Serbal.